

III CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA MUJER.

AYER

Desperté como todos los días, con la leve sensación de seguir soñando. Entonces, mientras miraba el techo desde el calor de las sábanas, intenté recuperar algún sueño. Había visto a mi padre. Desde que murió lo he reencontrado en sueños a menudo. No recordaba con nitidez su figura, pero era él. Se sentaba frente a mí y nos mirábamos. No decíamos nada, algo nos impedía comunicarnos. Entonces quise recordarlo cuando vivía, y vino a mi mente el último día que le vi con vida. El sol de agosto brillaba todavía con intensidad y yo ya estaba saturada de verano. Me disponía a arrancar el coche para volver a Madrid cuando le vi acercarse para despedirse con una sonrisa irónica. Levantó una mano, para que me detuviese un momento, y yo levanté la mía, para decirle adiós. Arranqué el coche, y no miré atrás. Lo siguiente que supe de él fue su muerte.

Después de recordar aquello me levanté de la cama y me metí en la ducha. Ya vestida, miré el reloj, eran casi las dos. Salí al comedor y ví la mesa puesta. Mi madre ya colocaba las fuentes de comida. Nos sentamos como siempre, una frente a la otra y comimos en silencio hasta que me miró. Yo comía con la cabeza apoyada en una mano y la mirada en los guisantes mientras intentaba atraparlos de uno en uno, pinchándolos con el tenedor.

- El codo. Quita el codo de la mesa, Adriana. -dijo con firmeza-.

Entonces me dí cuenta de que hacía mucho tiempo que no se dirigía a mí con tanta claridad, quizás porque hacía mucho tiempo que yo no olvidaba las normas de educación que ella tanto apreciaba. Retiré el codo y me senté derecha. ¿Por qué no iba a hacerlo?. Seguimos comiendo, y terminé aplastando los guisantes para poder comerlos, no podía hacerlo de otra forma. Cuando terminamos de comer ella se marchó a su habitación y yo me quedé en el salón. Quería escribir, así que busqué papel y bolígrafo entre los cajones de una cómoda. Allí se guardaban en desorden un montón de cosas, papeles, libros, fotos, pedazos de periódicos antiguos...

Me sorprendió encontrar una foto de la boda de mis padres en una página de periódico amarillenta, arrugada, fina, y me pregunté, qué sentido tenía guardar cosas como aquella. Sin embargo, la curiosidad despertó en mí y seguí vaciando aquel cajón hasta entonces desconocido. Allí encontré unas zapatillas de ballet de mi madre. Ella bailaba en una compañía conocida y soñaba con alcanzar un primer papel. Se esforzaba mucho, amaba la disciplina, y más de una vez me contó las curas con agua de sal que debía hacerse en los pies, y los desmayos que sufría por comer poco y bailar mucho, y que todo aquello, para bien o para mal, acabó cuando conoció a mi padre. Aquella historia ya la conocía pero no sospechaba que guardase aquellas zapatillas viejas. Seguí mirando en aquel cajón, sin buscar nada en concreto, y encontré fotos antiguas de ellos dos juntos, bailando, sentados en algún restaurante, y una en la que salían dándose un beso. Yo no recordaba haberles visto besándose. ¿Eran realmente aquellas personas mis padres?. Mi curiosidad fue tiñéndose de

extrañeza, de pudor, de miedo...y aún así, seguí buscando. Encontré fotos de cuando yo era un bebé. Mi madre sentada conmigo en brazos y mi padre a su lado mirándome..., parecían felices. También algunas tomadas en fechas señaladas, el fin del año 1976 conmigo con unos meses, mi primer cumpleaños...y poco más. No había más fotos de los tres juntos. Después de aquello, sólo encontré poesías tristes de mi madre. 1979, 1983, 1986 fueron sus años más productivos. Cuánta miseria envuelta en traje rosa, lánguidos ademanes, miradas torvas..... Triste es la soledad con voces; yo entiendo de eso....Mañana: libérame como liberas a la noche, de ser negra. Eran esos versos que conocía de memoria, con los que prácticamente aprendí a leer y, ahora lo recuerdo, recitaba por las noches cuando la casa quedaba a oscuras y yo esperaba sola a dormirme, y mi madre se resistía a cerrar los ojos antes de que mi padre llegase y no poder oler en él un perfume que no conocía, o conocía demasiado. Recordaba yo todo aquello sentada en el suelo, rodeada de pasado. ¿Dónde había guardado todo aquello hasta ayer? Hoy sé que esas cosas no se guardan, se esconden, y que una vez que despiertan, no pueden volver a ocultarse, al menos, a uno mismo. Metí de nuevo todas aquellas cosas en el cajón y saqué un cuaderno y un bolígrafo. Me senté en la mesa del comedor y miré el jardín a través de la ventana buscando inspiración. Siempre he pensado que la mejor forma de abrir una puerta era a través del papel. Era un día luminoso y mi madre, de rodillas, arreglaba la tierra de los rosales. Llevaba el pelo recogido y un mechón dorado le acariciaba la mejilla. De pronto descubrí una sonrisa en sus labios, mientras una gota de sudor le resbalaba por la sien, se pasó la muñeca por la frente, con los guantes sucios de tierra, y emitió un suspiro mudo, como si echase de ella algo demasiado pesado. No quise seguir mirándola, sabía que si me descubría se iría, así que abrí el cuaderno y ante mi sorpresa, apareció otra foto. En ella salíamos mi padre y yo en nuestro último verano juntos. Fue una casualidad que nos hicieran aquella foto, acabábamos de encontrarnos en la recepción del hotel y apareció por ahí un amigo suyo que era fotógrafo. Hacía tiempo que mi padre quería una foto mía y hasta entonces yo había conseguido rehuirle. Pero aquel día fue inevitable, y tomaron una foto de los dos juntos, mi padre sonriente, mirándome, yo con la mirada huidiza, fija en el suelo. Él pasaba su mano por mi hombro y yo adopté una postura de rechazo. ¿Cómo había llegado esa foto allí? No pude encontrar una respuesta. ¿Qué fue lo que dio sentido a todo aquello, al día de ayer? Algo que también encontré, no puedo asegurar que por casualidad. Era una carta. Reconocí la letra de mi padre. Era una carta de amor dirigida a una mujer, a una desconocida, un fantasma que había estado presente en cada comida familiar, en cada celebración, en cada llamada de teléfono, cada noche, cada amanecer... Logré leerla hasta el final, hasta que el rencor se anudó en mi garganta, y miré de nuevo aquella foto. Quise romperla, quemar el breve recuerdo que me quedaba de él, pero no lo hice. Me puse a escribir, y fue entonces cuando plasmé en papel todo lo que no pude pronunciar en el pasado, todo lo que no pude decirle, insultos llenos de rabia, un perdón, un gracias y, finalmente, adiós. Rompí su carta y puse en su lugar la mía y con los ojos enrojecidos, miré de nuevo a mi madre. Seguía cuidando con cariño las flores. Entonces recordé algo que me dijo una vez y que en aquel momento no tuvo para mí ningún sentido: "Las flores, las plantas, Adriana, son los únicos seres a los que debes darte porque son sólo ellos los que te corresponderán justamente; tú les das agua y ellas crecen con fuerza,

las asientas en una tierra rica y ellas florecen renovadas y frescas, derrochando su aroma, dispuestas a inquietar tu espíritu de belleza".

Salí al jardín, y me arrodillé junto a ella, me miró de reojo y rectificó el gesto actuando de nuevo con seriedad.

- ¿Puedo ayudarte?-le pregunté-

- Hace demasiado sol -dijo retirándose el pelo de la cara-

- No me importa. - y metí las manos en la tierra para airearla.

- ¿Qué haces?- dijo con asombro-. Debes usar guantes. Vas a ponerte perdida, vas a ensuciarte la ropa y a llenarte la uñas de tierra.

- No me importa. - seguí trabajando mientras notaba su mirada llena de asombro.- ¿Por qué te gustan tanto las rosas, mamá?

- Bueno.... son las flores más elegantes. No dejan que les pierdas el respeto, si intentas arrancarlas sin delicadeza, sus espinas se clavarán sin dudar en tu piel. - logró decir con la voz entrecortada-

Entonces le cogí las manos, y noté en ella un gesto de incomodidad. Retiró las manos, al mismo tiempo que yo sujetaba los guantes, y quedaron desnudas. Una parte de ella necesitaba levantarse y huir de allí. Otra, en cambio, le aconsejó quedarse. Hundí de nuevo mis manos en la tierra y cogí un puñado. Levanté el puño sobre su hombro y abrí la mano para que la tierra cayese sobre su camisa.

- ¡Qué haces!

- Te pierdo el respeto, mamá. - le contesté mientras esparcía la tierra por su ropa.

Ella quedó sin habla. Pasados unos segundos, metió también sus manos en la tierra y las llevó a mi cara para mancharla al tiempo que la acariciaba. Pasamos así unos minutos, mirándonos a los ojos, ensuciándonos, riendo a carcajadas al tiempo que llorábamos, ignorando el calor implacable del sol de junio, perdiéndonos el respeto.

Hoy he despertado como siempre, con la leve sensación de seguir soñando, sin embargo, no he podido recordar ningún sueño.

Marta García de Madariaga